

¿Cuál fue el crimen inexpiable de José María Blanco causante de su ostracismo y del linchamiento moral de sus compatriotas? A mi entender, el de adelantarse a su tiempo —el de los acontecimientos que sacudieron a España y a la América hispana entre 1808 y 1826—, con valentía, honestidad y lucidez. Las páginas que acompañan a esta selección de sus escritos tratarán de mostrar las razones de mi aserción.

Nacido en Sevilla en 1775, José María Blanco y Crespo descendía por parte de padre de una familia irlandesa, los White, refugiada en España a causa de la persecución nacional y religiosa desatada en la isla por Cromwell y sus sucesores. Hijo de comerciantes acomodados, la aspiración paterna de ponerle en el futuro al frente de su negocio le indujo a buscar la única escapatoria posible para proseguir sus estudios de latín y de humanidades. Como refiere en su autobiografía escrita en inglés, y que yo vertí en parte al español, a sus catorce años manifestó el deseo de hacerse sacerdote. Su amor al saber y su curiosidad intelectual le llevaron así, como a tantos otros espíritus rebeldes de su época, a uncirse voluntariamente al yugo de profesar órdenes mayores. Tras obtener por concurso la magistralía de la Capilla Real de Sevilla, la frecuentación

de dos dignatarios eclesiásticos secretamente agnósticos y las lecturas de obras enciclopédicas que le procuraron le hicieron perder tempranamente la fe. Agobiado por el ambiente familiar y clerical en el que vivía, obtuvo la licencia de trasladarse a Madrid, en busca, nos dice, «de una pobre sombra de libertad». El talento, cultura y aficiones musicales del joven magistral atrajeron la atención del entorno ilustrado de Manuel Godoy, el favorito de Carlos IV y la reina María Luisa: el Príncipe de la Paz le nombró miembro de la junta de literatos del Instituto Pestalozziano, creado con el propósito de modernizar los anticuados y rutinarios métodos de enseñanza existentes a la sazón en España, junta a la que pertenecía asimismo el geógrafo e historiador aragonés Isidoro Antillón. Pero la labor educativa de ambos fue breve.

Blanco nos ha dejado unas páginas memorables sobre la tempestad política que se gestó y desencadenó en España en el otoño de 1807. La carta del príncipe de Asturias a Napoleón, implorándole ayuda contra la influencia ilegítima de Godoy, abre el camino al encadenamiento de sucesos que conducen al Dos de Mayo: detención del futuro Fernando VII, motín de Aranjuez, caída del favorito, abdicaciones de Bayona, entrada de los franceses, imposición de José Bonaparte. En junio de 1808, Blanco huye a Sevilla disfrazado de arriero, enfrentado al dilema que atenaza a los ilustrados españoles ante la brutal intervención de los ejércitos del emperador:

Conocía muy a fondo la condición moral e intelectual del país para poder esperar cualquier beneficio de la insurrección popular. La mayoría de mis amigos [...] creían que el partido liberal podría someter a ese mismo clero al que permitían disfrutar entonces de una completa ascendencia a título temporal, una vez que los ciegos prejuicios del país hu-

biesen cumplido con su misión de arrojar a los franceses de la Península. Tal opinión me parecía totalmente descabellada. Tenía el convencimiento íntimo de que si se podía mantener al pueblo tranquilo bajo la forma de gobierno al que estaba acostumbrado —mientras se liberaba al país de una dinastía para la que no había ya ninguna esperanza de mejora—, cualquiera que fuese la humillación política de recibir un rey de manos de Napoleón, los beneficios futuros serían grandes [...]. Tal fue mi parecer durante el periodo de ansiosa incertidumbre que sucedió al terrible Dos de Mayo de 1808 y una triste experiencia me ha mostrado que no andaba errado del todo [...]; sin embargo [...], tuve bastante patriotismo para, en vez de permanecer con el bando francés, sostenido por los ejércitos hasta entonces invictos de Napoleón, abrirme camino, a través de fatigas y peligros, hasta la sede misma del fanatismo: Sevilla [...]. ¿Quién, entonces, era el verdadero patriota? ¿Quien, como yo, siguió a la mayoría de sus paisanos contra su propia convicción, porque no quería verlos forzados a adoptar lo que juzgaba bueno para ellos o quienes, agregándose a sus filas, siguieron el mero impulso de sus sentimientos, por no decir sus ambiciones y deseos personales? [...] desde que oí que mi propia provincia se había alzado en armas, abracé mis cadenas y volví sin demora al lugar donde sabía que me desollarían más.

En Sevilla, el poeta José Manuel Quintana, alma del *Semanario Patriótico* durante su primera etapa madrileña entre septiembre y diciembre de 1808, le encarga, junto a su amigo Antillón, la redacción del periódico: el geógrafo e historiador aragonés se hará cargo de la rúbrica militar y Blanco del análisis político de los hechos. El periodo sevillano del *Semanario* abarca del 4 de mayo al 31 de agosto de 1809. A la entrada de los franceses en la capital andaluza, el primer periódico digno de este nombre de la historia de

España hallará aún refugio en Cádiz entre noviembre de 1810 y marzo de 1812, cuando Blanco ha abandonado definitivamente la Península y dirige en Londres la publicación de *El Español*.

A diferencia de su mentor Quintana y de los constitucionalistas moderados como Jovellanos, López Estrada, Lista o Argüelles, la postura política de Blanco es más drástica y choca pronto con la de los miembros de la Junta Central. A los cuatro meses de su publicación, ésta ordena a Quintana el cese de la rúbrica política del *Semanario*. Obligados a acatar la orden, Antillón y Blanco redactan un *Aviso al público* en unos términos que suenan familiares en los oídos de quienes han pasado por la experiencia de vivir y escribir bajo regímenes opresivos y han adquirido con ello la «*viveza de los mudos para entenderse por señas*»:

Cedamos pues a las circunstancias: nuestros amigos (tales llamamos a cuantos nos han honrado con su aprecio) sufrirán mejor que se interrumpa otra vez el *Semanario* que verlo mudado en otra cosa que la que hasta ahora ha sido.

Suspendida ya su publicación, Blanco recibió el encargo de redactar un *Dictamen sobre el modo de reunir las Cortes de España*; dictamen que concluyó en diciembre de 1809, pero que no llegó a imprimirse en la Península. El 2 de febrero de 1810, José Bonaparte entraba triunfalmente en Sevilla y todos los patriotas buscaron cobijo en Cádiz al amparo de la flota inglesa. Tres semanas más tarde, Blanco se embarcó con destino a Londres, adonde llegó el 3 de marzo. Era su exilio definitivo, y no regresaría ya a la tierra en la que nació y en la que su memoria sería primero execrada y sepultada después en el olvido.